



EL MAR

Relatos cortos

Cristina Solé Castells (ed.)

EL MAR

Relatos cortos

5

Cristina Solé Castells (ed.)

Departament de Filologia Clàssica, Francesa i Hispànica

Edicions de la Universitat de Lleida

Lleida, 2021

En conmemoración del
50 Aniversario de la titulación de Filología Hispánica
Lleida, 1971-1972/2021-2022

Departament de Filologia Clàssica, Francesa i Hispànica, 2021
Edicions de la Universitat de Lleida, 2021
del texto: los autores y autoras
Ilustración de cubierta: Andrea de Castro

Maquetación: Edicions i Publicacions de la UdL

ISBN 978-84-9144-319-3



Índice

Prólogo	
<i>Cristina Solé Castells</i>	7
Herencias cardinales	
<i>Francesc Masnou Salat</i>	9
Hijos del Mar	
<i>Alin Blanco Vandebroek</i>	17
El sentido de las olas	
<i>Aida Martos Guerrero</i>	25
Carne de gaviota	
<i>Paola Monfort Gràcia</i>	31
El mar, falsa apariencia	
<i>Naiara Vives Moscoso</i>	39
La espada de John Addams	
<i>Clara Espach Rodríguez</i>	45
Agua y sal	
<i>Alba Farré Cortada</i>	53
Comentarios del jurado.....	59

Prólogo

La V edición del *Concurso de Relatos Cortos*, correspondiente a 2020, se situó en el marco de la celebración del V centenario de la primera vuelta al mundo protagonizada por Fernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano. Aprovechando este acontecimiento el tema elegido para dicho *Concurso* fue “el mar”, “el océano”. Espacios al mismo tiempo de terror y de fascinación, de muerte y de vida desde la Antigüedad, pero también espacios para la ensoñación, inspiradores de un sinnúmero de fantasías, pasiones y aventuras, espacios susceptibles de convertir lo imposible en posible, lo irreal en real... En definitiva, entornos en los que deviene posible la conciliación de los contrarios.

Un tema pues muy amplio que, por una parte, permite ser abordado desde una gama muy extensa de sensibilidades y que por otra favorece la creatividad y la originalidad.

A todo ello se suma el hecho de que el tema de “el mar”, “el océano”, aunque presente en toda la literatura, emerge con particular frecuencia en la ficción de los siglos XX y XXI hasta nuestros días.

Estos elementos son susceptibles de explicar, en parte, la elevada participación y por ende el interés despertado entre los estudiantes. En esta V edición se presentaron al concurso un total de 61 relatos distribuidos entre las diferentes categorías, especialmente en la categoría C, integrada por futuros estudiantes universitarios, a los que la universidad tiene la responsabilidad de alentar y estimular en sus aspiraciones.

Sin embargo, sorpresivamente en la categoría B —dedicada a estudiantes de movilidad de la Facultad de Letras— el número de originales presentados, así como su calidad, disminuyeron notablemente. Por este motivo

en la edición de 2020 el jurado decidió por unanimidad declarar desierta dicha categoría, puesto que consideró que los dos únicos trabajos presentados no reunían las condiciones requeridas para la concesión de premio.

Una situación opuesta se produjo en la categoría C: ante la cantidad y la calidad de los originales presentados, el jurado decidió, con carácter extraordinario, conceder una mención honorífica en esta categoría. Ello constituyó asimismo un grato motivo de dificultad en la selección de los relatos premiados, pues eran varios los merecedores. Pero puesto que en las bases vigentes no se contempla la posibilidad de terceros premios o de accésits, el Jurado optó por la forma honorífica de una mención especial.

Finalmente, una circunstancia externa e inesperada vino a complicar el correcto desarrollo del concurso: el confinamiento impuesto a mediados de marzo a causa de la extensión de la pandemia de COVID 19, comportó un retraso de varios meses en la resolución de este concurso con respecto a las fechas que aparecían establecidas en las bases. Pero a pesar de las dificultades el jurado logró dejar resuelto su veredicto el 24 de julio, pocos días antes de la finalización del curso 2019-2020, que es el que corresponde a la convocatoria de la V edición del *Concurso de Relatos cortos*. El concurso pudo así completarse felizmente evitando aplazamientos o cancelaciones.

Cristina Solé Castells

HERENCIAS CARDINALES

FRANCESC MASNOU SALAT

PRIMER PREMIO

CATEGORÍA A: ESTUDIANTES DE GRADO DE LA FACULTAD DE LETRAS

DESPERTÓ. LO primero que pudo apreciar fue el aroma a sal mezclado con el de algas que invadía, a través de un resquicio de la ventana, la sofocante alcoba. A los pocos segundos, un tacto trémulo se posó sobre su mano y fue acariciando, igual que un inofensivo pez, las dunas de su piel. Aquellos no eran unos dedos desconocidos, todo lo contrario. Prohibiéndose abrir los ojos, quiso jugar al recuerdo, a las mareas de la memoria.

—Vamos a ver... Una cicatriz en el dedo corazón, uñas demasiado largas y ese tembleque que no cesa... Tú eres...

—¡Alex, abuelo! —farfulló una voz aguda y derramada.

—Claro, claro. ¿Quién si no? —y los párpados se recogieron lentamente, exhibiendo a los presentes un mirar gris, de zona septentrional o de tórtola desaparejada; en cualquier caso, entornado este por los céfiros y las losas de una vida.

—Deja descansar al abuelo, cariño —musitó la madre, mientras daba vueltas al crucifijo argentado que le cercaba el cuello.

—¡Pamplinas! —masculló el abuelo—. Pronto tendré tiempo de sobras para descansar. Dejádme disfrutar mientras pueda.

—¡Padre! No diga estas atrocidades. Solo es un resfriado... —Y la cruz aceleró su rotación.

—La atrocidad sería negarlo. Un buen actor sabe cuándo bajarse del escenario.

La señora, intentando hacer equilibristos con su doble rol de madre e hija, dando media vuelta, se precipitó fuera de la habitación. No tuvo ni

la osadía de dar un portazo. “Calma, calma. Las tempestades y los malos augurios no tienen puerto en esta casa. La compostura y la gratitud son los bálsamos del día a día”. La resignación, en cambio, era la droga legal para los débiles de espíritu, según el axioma de su padre. Quién sabe, puede que una pizca de razón tuviera. Aunque en estos últimos meses, postrado en cama, su padre parecía haber aceptado lo inevitable. La hija reflexionó, mientras arrastraba los pies hacia la cocina, que, tal vez, la muerte fuese la verdadera excepción de toda regla.

—Atiende, Alex —comenzó a hablar el abuelo cuando estuvo seguro de que su hija mayor no aparecería de nuevo en el cuarto—. Prométeme que cuidarás de tu madre cuando yo me haya ido.

—¿Adónde vas abuelo? ¿A pescar como el año pasado?

—Puede que sí. Pero esta vez me tomaré mi tiempo. Hay peces que demandan de uno mucha paciencia y aplomo. A veces una vida no es suficiente para sacarlos del mar.

—¿Cuánto *es* una vida, abuelo? —preguntó Alex mientras rotaba la cabeza al compás de las aspas del ventilador, el cual hacía lo mecánicamente posible para orear la estancia.

—Eso depende. Va cambiando con la edad. A ti, ¿cuánto te parece que *es*?

Y Alex extendió sus brazos con la mayor envergadura que le permitieron sus cortas extremidades.

—¡Vaya! —sonrió el abuelo— Más o menos como un esturión pequeño. No está mal—. Y unos dientes arenosos confraternizaron con otros más blandos, espumeantes.

El moribundo, de repente, apretó la mano que le acompañaba y su rostro se tornó sereno, como si hubiese escapado por la estrecha apertura de la ventana, guiado por la nariz. «Alex, escucha», tajó el abuelo de súbito.

—Voy a contarte la historia de un hecho que me ocurrió en un día de pesca —. Y absorbió todo el aire que pudo.

“La noche era clara, aunque las nubes iban, ocasionalmente, coquetean-do con la luna. Las aguas calmas propiciaban pensamientos melancólicos y ruidos que hacía mucho, muchísimo tiempo que no escuchaba. La caña inmóvil lloraba lágrimas saladas, parecía haber estado ahí, guardando la

mayor de las presas, estoicamente, un siglo entero, sin moverse un ápice. Tendría yo treinta y tres años y aún no conocía a tu abuela, que en paz descansa. Disfrutaba por aquellos tiempos de la desquiciada costumbre de cerrar los ojos y ensoñarme. Eran fantasías que, como las resacas, siempre dejaban objetos triviales varados en la orilla. Baratijas que yo arrojaba en aguas profundas y que, con el tiempo, regresaban a mí sin siquiera presentirlo: un beso, una palabra, un brillo en los ojos. Minucias que dolían, aquí, en el pecho... —y tocó con el índice el corazón de Alex, que apenas reaccionó, pues estaba intentando comprender lo que su abuelo se esforzaba en contarle. De momento, no podía sacar oro de aquel discurso demasiado alambicado.

»Sí. Dolían. Pero, en noches como esa, hacían compañía y me mullían la espera. De pronto, ¡la caña quebró su letargo! Me cogió por sorpresa y a punto estuve de tragarme el cigarrillo... pero reaccioné lo más diestramente que pude. La sujeté con las dos manos, del modo en que me había enseñado mi padre, y a este mi abuelo, y a este otro mi... Bueno, ya sabes a qué me refiero.

»La condenada caña había hecho sus deberes; la larga espera había valido la pena. Estaba seguro de que allí abajo, a pocos metros de la superficie que separa lo tangible de lo misterioso... allí, digo, tenía que estar revolviéndose el pez máspreciado, el más grande, el más luchador de todos a los que me había enfrentado en mi marítima vida”.

—Después de unos veinte minutos de lucha sin cuartel, de bufidos y mordidas de lengua, ¿adivinas qué ocurrió? —Alex negó con la cabeza.

«El silencio. Recuerdo el levísimo zumbido del silencio cuando mis pies dejaron de tocar madera y se elevaron dos, tres, seis palmos de la cubierta. Recuerdo la pátina de silencio que me envolvió cuando la caña de pescar se escurrió de entre mis dedos callosos y recuerdo muy bien el majestuoso, el hipnótico silencio al sumergir mi cabeza, seguida del resto del cuerpo, en las oscuras aguas del océano.

»No grité. El pasmo que me poseyó por el inexplicable tirón y la velocidad del suceso me lo impidieron. Cuando al fin logré espabilarme, intuí que el umbral en el que me aguardaba la vida estaba demasiado lejos para

molestarme en alcanzarlo. Me dejé llevar. El tiempo transcurre diferente cuando uno está sumergido. Tú lo sabes, Alex. ¡Todos los sabemos!, aunque nadie se acuerde... Sé que llegué a pensar que aquel no era un mal final.

»De repente, pese a la densa oscuridad que me rodeaba, mi ojo captó una especie de hilillo rojo que se desplazaba, holgadamente, por el agua. Quise apresarlo con mi mano, pero, al contacto, se difuminó en mil pigmentos carmesíes. Era sangre. La prueba de que el causante de mi desgracia estaba malherido. Volteé la cabeza en todas las direcciones y, a pocos metros de mí, pude discernir una sombra dentro de la gran sombra. Una imagen esbelta, tallada por la imaginación en forma humana. Vi los grandes ojos de tu abuela, su cabellera meciéndose, una mano ágil que se aproximaba a mi cuerpo ya casi sin pulso. Coincidieron, justamente, el roce de esa palma borrosa y mi pérdida de consciencia. Lo siguiente que recuerdo fue estar tumbado en un barco que no era el mío, rodeado de grumetes que me miraban con una mezcla de curiosidad y empatía. Obviamente, nadie creyó mi historia; la adujeron a la falta de oxígeno. No sé cómo pude reflotar para que me encontraran esos marineros, ni cuánto tiempo pasé allí abajo. Seguramente fueron segundos; aunque fueron los segundos más largos, hermosos y plácidos de mi vida. A los pocos meses, conocí (mejor dicho, reconocí) a mi futura esposa, la que habría de ser tu abuela. Desde entonces, Alex, ya nunca cierro los ojos para soñar; el sueño cala más hondo cuando los mantienes bien abiertos, expectantes, dispuestos a sorprenderse».

—No sé si has entendido lo que trato de decirte —Alex volvió a negar con su cabecita—. No importa. Está ahí. Cuando sea el tiempo, lo recordarás. Ahora ve a jugar, anda.

Alex bajó las escaleras de tres en tres y se metió como una comadreja en la cocina, donde su madre estaba preparando una sopa demasiado clara, de buen tragar.

—¡Alejandra, ven aquí! —ordenó la madre—. ¿Qué milongas te ha contado el abuelo?

—Una historia, mami. ¿Sabes? Dice el abuelo que pronto se irá a pescar. ¿Puedo acompañarlo? ¡Di que sí!

La madre suspiró largo y tendido.

—No puedes, hija mía. El abuelo se irá a pescar a un lugar muy lejano —dijo con voz quebrada, mientras acercaba una mano temblorosa a la reliquia de su cuello—. Muy, muy arriba... en el cielo.

Alex la miró ojiplática. Pero, al instante, un creciente rumor como de olas chocando contra un arrecife le trepó por la garganta y le fue imposible contenerlo.

—Ha, ha, ha, ha. ¡Mami! ¡En el cielo no hay peces! El abuelo irá al mar. Allí encontrará ese pez que busca. Y si no... ¡yo lo pescaré por él!

El crucifijo cesó de rotar. Quedaron suspendidos en el aire, en mezcoblanza, un turbio silencio y esa risa sincera que hacía temblar todo el cuerpo de la pequeña Alejandra.

HIJOS DEL MAR

ALIN BLANCO VANDEBROEK

SEGUNDO PREMIO

CATEGORÍA A: ESTUDIANTES DE CUALQUIER GRADO DE LA FACULTAD DE
LETRAS

HACÍA MÁS de siete años que Emma había perdido a su padre en el mar y no pasaba ni un solo día sin que ella fuera consciente de su ausencia. No comprendía cómo el mar pudo habérselo arrebatado de aquella manera, cómo un día cualquiera decidió repentinamente no dejarle volver.

Emma tenía nueve años cuando su padre desapareció. Era una niña normal, no destacaba por nada en concreto excepto por la melancolía que se escondía tras la retina de sus ojos. Desde lo más profundo de su ser, añoraba a su padre y todo lo que años atrás habían compartido. Antes de la desaparición, Emma amaba el mar y su vida giraba completamente en torno a él. Desde que nació en aquel pueblo pesquero, su padre quiso llevarla al mar y enseñarle todo lo que sabía de él, y Emma acabó contagiándose de la misma pasión que él sentía. Disfrutaba enormemente la vida del mar junto a su padre, y amaba compartir ese lugar y ese modo de vida con él. Padre e hija pasaban horas y horas juntos compartiendo lo que ambos más querían. De ahí desarrolló Emma su temperamento volátil y pasional, su padre era exactamente igual, y no pudo hacer nada para evitarlo. Ambos eran de naturaleza inestable. Tan significativo era, que su madre muchas veces le decía que, de tanto tiempo que pasaba en el mar, se habían vuelto como él: impulsivo e impredecible. Pero un día su padre desapareció y Emma quedó devastada. Él muchas veces le había advertido de la fuerza y la peligrosidad de las aguas, pero hasta ese momento, para Emma el mar siempre había sido sinónimo de felicidad y disfrute. Ahora todo eso había

desaparecido. Cuando el océano decidió llevarse a su padre, también se llevó consigo la adoración que ella sentía por el mar.

Emma no lograba entender cómo algo que le había supuesto tanta felicidad, podía haberle arrebatado todo aquello de esa manera. De la noche a la mañana, Emma pasó de amar el mar a detestarlo. Lo odiaba por haberle arrebatado lo que más amaba y porque ahora le recordaba más que nunca todo lo que jamás podría volver a tener.

Desde que su padre desapareció, Emma no había vuelto a pisar el puerto, pero hacía unos meses que sentía una irrefrenable necesidad de acudir a él cada mañana. Emma no entendía aquel impulso, pero tampoco se lo cuestionó. Todas las mañanas se levantaba muy temprano para dirigirse al puerto y observar cómo los barcos iban llegando uno a uno cargados de pescado. Cada vez que un nuevo barco llegaba, Emma se apresuraba a examinar los rostros de todos los tripulantes. A pesar de que con el paso del tiempo los recuerdos y las características de su padre se habían ido desdibujando en su mente, Emma recordaba perfectamente lo que buscaba: una cara ancha, casi cuadrada por su marcado mentón, unos labios apretados no demasiado gruesos, una nariz grande de punta redondeada, coronada por unos ojos profundos y unas cejas pobladas, de pelo duro y canoso, que enmarcaban su mirada. Emma estudiaba la cara de cada marinero que llegaba con la esperanza de encontrar entre aquellos rostros el de su padre. Pero nunca ningún barco traía de vuelta a su padre.

Emma leía un libro tumbada en su cama. La brisa que entraba por su ventana le erizó el vello y se levantó para cerrarla. Se percató de que hacía un tiempo espléndido y decidió salir al balcón para aprovechar los últimos rayos de sol antes de que terminara el verano. La silla en la que estaba sentada no le parecía demasiado cómoda y el sol comenzaba a esconderse detrás de un edificio próximo. Emma decidió continuar leyendo en la playa. Eligió un lugar bastante alejado de la orilla donde la arena era suave y seca, extendió una toalla grande y se tumbó en ella. Ahora el sol calentaba

la totalidad de su cuerpo y Emma se encontraba a gusto. Había pasado horas absorta en su libro cuando, entre la mezcla del murmullo del mar y el viento, escuchó unas palabras. Emma, sobresaltada, examinó su alrededor sin encontrar a nadie. Decidió continuar leyendo pero, a los pocos minutos, volvió a oír aquel susurro. Le pareció distinguir la voz de su padre. Sin duda era él, la estaba llamando. Emma permaneció largo tiempo en la playa prestando máxima atención a lo que escuchaba y, solo cuando no le quedó la más mínima esperanza, se marchó a casa sin llegar a entender lo que había sucedido.

Era una mañana de sábado, Emma escuchaba distraída a sus amigos mientras jugaba con el agua de la fuente que decoraba la plaza. El agua parecía tener un brillo especial aquel día y Emma sintió la repentina necesidad de bañarse. Sugirió a sus amigos bajar a la playa y allí fueron.

Emma se descalzó y corrió hacia la orilla, miró hacia atrás y observó a sus amigos sentarse intentando protegerse del viento. Les gritó que se iba a bañar, pero no pudieron oírle. De repente, vieron que Emma caminaba vestida hacia el mar con el agua llegándole a media pierna. Algunos le gritaban y se reían, pero sus amigos más cercanos no daban crédito: ella, que detestaba el mar desde hacía años, acababa de meterse en el agua.

A Emma le molestaba el alboroto de sus amigos, así que cogió todo el aire que pudo y desapareció por completo bajo el agua. Se hizo el silencio y la oscuridad a su alrededor. Solo sentía el ligero rumor del agua y el suave movimiento de su cabello a causa de las olas. De pronto, se sintió en paz. Tenía frío, pero se sentía en casa. Desde que desapareció su padre era la primera vez que se sentía en calma, a salvo. La tranquilidad se apoderó de su cuerpo y Emma se dejó llevar por aquella sensación que tanto había extrañado. Disfrutaba de las olas y las corrientes que mecían su cuerpo. De repente, irrumpiendo aquella tranquilidad absoluta, una mano la agarró y sacó su cabeza del agua. Emma empezó a toser fuertemente intentando expulsar el agua que había comenzado a inundar sus pulmones. Era la mano de su amiga que, preocupada por el largo rato que Emma llevaba bajo el agua, había acudido en su ayuda.

Era un día de tormenta y Emma miraba por la ventana contigua a su pupitre. No prestaba atención a la clase y observaba con fascinación la tempestad que sucedía al otro lado del cristal. El cielo gris estaba cubierto por unas nubes grandes y pesadas de las que caían unas enormes gotas que lo empapaban todo. Un viento huracanado zarandeaba los árboles del paseo y chocaba violentamente contra el mar, agitando las inmensas olas que chocaban contra la costa. Emma sintió una enorme fascinación por la fuerza extraordinaria de aquellos elementos. Le resultaba devastadora, pero también la encontraba tremendamente cautivadora. Había algo en ella que le resultaba familiar al mismo tiempo que aterrador.

Conducida por una fuerte atracción, Emma se escabulló durante el recreo para acercarse al mar. Había parado de llover, pero el cielo oscuro amenazaba con seguir descargando agua en cualquier momento. El viento aún soplaba fuerte. Emma se recogió el pelo en una coleta y ató el cordón de su capucha lo más fuerte que pudo. Desde el paseo, contemplaba las olas abrumada por la belleza y la peligrosidad de su fuerza. De pronto, en mitad de aquel caos, una ola se alzó en calma por encima de todas. La fuerza de aquella ola provenía de otro lugar. A diferencia del resto, no había violencia en su origen, sino serenidad.

Ahí estaba, en aquella enorme pared de agua. Emma no tenía ninguna duda: era él, su padre. Su acogedora mirada y su ligera sonrisa reflejaban una profunda y cálida ternura. Aquel momento solo había durado un instante, pero fue suficiente para que Emma comprendiese todo. Las últimas apariciones no habían sido cosa de su imaginación; era realmente su padre, que la llamaba a través de las aguas. Emma le había dado por perdido, pero él nunca llegó a desaparecer. Su padre, al haber sido engullido por el océano, había pasado a formar parte de él, y tan sólo pretendía comunicarse con su hija. Ahora todo tenía sentido para Emma, y una cálida tranquilidad la invadió. La misma paz que días atrás había sentido bajo el agua, se apoderaba por completo de su cuerpo; pero esta vez lo hacía de manera diferente. Esta vez no se superponía a la melancolía que había habitado durante años el cuerpo de Emma, sino que la alegría y tranquilidad que sentía eran un sentimiento puro, que diluía cualquier resto de tristeza que

aún pudiese quedar. Emma se desprendió por completo de todo el miedo y el odio que había sentido durante tantos años por el mar. Dejó atrás el terror, para que la felicidad inundase de nuevo su cuerpo. Emma se sentía, por fin, aliviada. El mar dejó de ser causante de sufrimiento y volvió a significar lugar de vida y alegría. Ya no le recordaba la ausencia de su padre, sino todo lo contrario, Emma sabía que él se encontraba allí, que su padre y el mar eran un mismo ser.

EL SENTIDO DE LAS OLAS

AIDA MARTOS GUERRERO

PRIMER PREMIO

CATEGORÍA C: ESTUDIANTES DE 1º Y 2º DE BACHILLERATO Y CICLOS
FORMATIVOS

QUERIDO OCÉANO, siempre me gustó ser tu amiga. Aunque al principio temía tu inmensidad y esa forma de revolotear cuando enfurecías como las gaviotas a la hora de defender a sus crías, me gustaba pasear por el puerto, descalza, hasta que el sol caía y no tenía fuerzas para continuar. Entonces me sentaba a tu vera, respiraba tu dulce aroma a sal y te contaba todos mis secretos sabiendo que tú me ibas a escuchar.

Querido mar, eres capaz de guardarle secretos al universo y no revelarlos jamás. Hay gente que solo piensa en ti como una masa de agua, a veces calmada o en movimiento. Quizás sea por eso por lo que te temen, porque a la gente le gusta lo sencillo, lo que entienden, pero no comprenden el silencio de tu profundidad ni tu promesa de confidencialidad siendo solo eso, agua. Y aunque también tienes tus miedos, sabes lidiar con ellos. Aprendes de tu vejez, del paso de los años, de tantas caras conocidas y de las miles de historias que te han contado.

Querido océano, nadie sabe cuándo es tu cumpleaños, ni siquiera saben por qué eres salado. Mi abuelo siempre decía que eras salado por ser confidente, porque todas las lágrimas de la gente se juntaban para crearte a ti. Y es que eres tan inmenso que si te paras a pensar hasta da vértigo. A tu lado el mundo se queda pequeño. Pero sabes, de esa forma haces que nuestras inseguridades parezcan insignificantes.

Querido mar, de ti aprendí a no acobardarme ante el miedo, a tener el valor de saltar al agua desde la enorme roca, en ese entonces, cuando mi padre me decía siempre la frase... “¡Salta! Si solo son tres metros”. Entonces

yo cogía carrerilla y, por muchas cosquillas que me entraran en el estómago antes de levantar los pies del suelo, sabía que al caer tú ibas a estar ahí debajo para cogermme en brazos e intentar que no me hiciera daño, aunque a veces al llegar pegara un buen planchazo. Pero ese momento he podido aplicarlo en muchos momentos de mi vida, y así he ido aprendiendo a ser valiente y a no dejar de perseguir mis sueños por culpa del miedo, sabiendo que lo más importante para él es ganar siempre. Poco a poco me he ido dando cuenta de cuáles son sus puntos débiles para así yo poder contraatacar.

Querido océano, el primer planchazo que te pegas contra el agua siempre es el más fuerte, creo que tú lo sabes bien, porque supongo que a ti te pasa lo mismo cuando rompes tus olas contra los muros o las rocas, pero al final siempre aprendes a saltar de una manera diferente, perfeccionas el salto para que no duela, como la primera vez que aprendes a tirarte de cabeza desde la escalera.

También me enseñaste a mantener el equilibrio cuando jugabas conmigo en la playa de Cabo de Gata, donde yo hacía el pino dentro del agua y tú intentabas tirarme con la ayuda de tus olas. Pero al final casi siempre te ganaba. Y cuando no lo conseguía, porque me hacías dar volteretas hacia atrás, seguía intentándolo hasta que no podía más. Entonces me acercabas a la orilla y yo seguía jugando, esta vez a hundirme bajo la arena, pero te gustaba hacerme cabrear haciendo que tus olas arrastraran la arena hacia tu interior hasta que mis piernas quedaban al descubierto, y me prometías que después de comer para compensar lo de la arena me dejarías bucear durante horas con tus peces, hasta que se me ponían las mejillas coloradas por el hecho de no haberme echado suficiente crema.

Querido océano, como dije antes, tú sabes una infinidad de secretos, pero aunque tú no lo sepas yo también conozco algunos de los tuyos.

Jurarías que nadie te ha visto mirar el reflejo inmortalizado de la luna en tu cuerpo, cuando el sol se esconde detrás de esta y la hace brillar de manera inquieta. Me he dado cuenta de la manera en que la abrazas para hacerla sentir como la estrella más bonita y especial de todas. También he visto cómo bailan tus olas al compás de la marea porque al verla, se altera tu corazón y eso te hace sentir más vivo.

Te da vergüenza decirle lo que sientes, pero buscas la manera de pasar el máximo tiempo con ella. Hablas con la noche para que no amanezca y le pides a la luna que se quede un rato más. Y cuando llega el día y te despidas, se te queda una sonrisa dibujada con la esperanza de volver a verla cuando vuelva a caer la noche.

Hay estrellas que lo saben porque por la mañana, cuando todo vuelve a ser como antes, rezas siempre para que las nubes no se entrometan cuando llegue la hora de verla, porque sabes que ella es tu luz y que sin ella los pececillos de tu estómago no revolotean. ¿Y sabes qué es lo más bonito? Que de manera inconsciente contagias tu cariño a quien te mira con la misma admiración con la que tú miras a las estrellas cuando te ayudan a conquistar a la Luna.

Querido mar, siempre he escuchado decir que el agua tiene memoria, aunque tú no lo hayas confesado, pero nunca me había imaginado el verdadero significado de esa frase. Ahora lo veo claro. Cuando paseo por tus costas, descalza como la primera vez, y cuando el agua me acaricia suavemente los pies la mente se me llena de recuerdos y vuelvo a ser la niña que fui una vez. La que aprendió que quizás lanzarse a volar no estaba tan mal. La que se dio cuenta de que el amor verdadero es realmente el que tú has demostrado sentir y no el de los cuentos de princesas y caballeros. La que caminaba por la orilla de la playa de la mano de su padre, con los zapatos en la mano y los pantalones remangados hasta las rodillas para que no se mojaran. O la que se sentaba con el abuelo en el puerto a comerse un helado y ver los barcos zarpar.

Por eso cuando quiero volver a sentirme como esa niña acudo a tu memoria, como estoy haciendo ahora mismo a la vez que escribo esto. Gracias a ti puedo volver a sentir los cálidos abrazos de mi padre, las canciones que me cantaba mi abuelo mientras me sentaba en su regazo y la brisa le acariciaba la cara y todos los besos que me dieron las personas que un día fueron importantes para mí y que ahora ya no están.

Querido océano, me has enseñado tantas cosas, que aún y escribiendo tres libros dándote las gracias me quedaría corta. Me has mostrado un lado de ti que quizás poca gente conoce, y lo más importante es que me has

enseñado a sentir en el lenguaje de las olas. Pocos se dan cuenta de que sientes de una forma muy especial. Me costó muchos años darme cuenta, pero ahora sé que es ahí donde empieza tu magia.

CARNE DE GAVIOTA

PAOLA MONFORT GRÀCIA

SEGUNDO PREMIO

CATEGORÍA C: ESTUDIANTES DE 1º Y 2º DE BACHILLERATO Y CICLOS
FORMATIVOS

—**B**UENAS TARDES, señorita Pereira. Como ya sabe, es la única testigo que tenemos que hablara con el hombre de este caso, así que le agradecemos su ayuda. Para empezar, ¿podría explicarme qué ocurrió el día 28 de abril de 2018?

Bebí un trago del café que aún seguía muy caliente y empecé a explicar:

Ese día, a esa hora no había nadie; pero aún era pronto. Eran poco más de las doce del mediodía. Solo había un hombre sentado en una pequeña mesa de la terraza de ese diminuto restaurante donde solía trabajar los veranos. Y cuando digo diminuto, es diminuto. Apenas tenía más de 10 mesas donde poder comer y una barra con solo tres taburetes donde siempre te encontrabas a los mismos abuelos haciendo un café; pero tenía su encanto y unas maravillosas vistas al mar.

—Buenos días, ¿ya sabe qué va a tomar? —le dije a un hombre que ya llevaba más de 20 minutos sentado solo—.

Pero no respondió, siguió mirando el reflejo del sol sobre la brillante agua del mar.

—¿Me podría describir al sujeto? —me interrumpió el agente—.

—Tenía el pelo moreno y la piel del color del bronce viejo. Tenía la cara ancha, la nariz aguileña y los labios muy finos. Sus manos parecían ser fuertes, rugosas y estaban llenas de cicatrices. Llevaba una chaqueta azul marino y le sobresalía una camisa blanca por debajo. Tenía unos calcetines del mismo color con una hebilla en sus zapatos negros como el carbón. Llevaba unas gafas de sol que parecían caras, de uno de los últimos mode-

los de *Ray-Ban*. Cuando por fin se giró, se quitó las gafas y pude ver que llevaba dos ojos de cristal—.

Mientras el agente iba apuntando todo lo que iba diciendo, hice otro trago de mi café que ahora ya no quemaba y seguí con la historia.

—¡Buenos días! No he podido leer el menú, pero...

—Lo siento, ahora mismo te lo leo —le dije interrumpiéndole—.

—No, no, tranquila, muchacha; estoy seguro de que tampoco lo vais a tener. —hizo una pausa y cuando le iba a responder añadió—. Pero me gustaría que me hicieras un favor. Me gustaría poder comer un trozo de carne de gaviota.

Me quede en shock. ¿Gaviota?! ¿Por qué ese hombre quería comer gaviota? Con todos los años que hacía que era camarera de ese bar, nunca nadie había pedido nada de ese estilo.

—Y, una vez le comentó sus intenciones, ¿qué hizo usted? —me volvió a interrumpir el agente—.

Sin querer puse mala cara. Sabía que su trabajo era preguntar, pero se me hacía muy molesto que cada vez me interrumpiera justo cuando iba a decirlo. Hice una pausa para pensar dónde me había quedado y seguí.

Sin preguntar por qué quería gaviota, le respondí que lo sentía pero que no teníamos carne de gaviota. El hombre me miró con una cara muy triste y me suplicó que por favor le preguntara al cocinero y al encargado si podían hacer una excepción y conseguir una gaviota. Y seguidamente sacó del bolsillo un fajo de billetes de 20 y de 50.

—Os pagaré por adelantado si queréis; pero te lo ruego muchacha, lo necesito.

Sin saber cómo reaccionar ni qué decir, fui al encargado y le conté lo que me acababa de pasar. Creo que me tomó por una loca, pero después de un rato conseguí que se lo creyera y que él mismo fuera a hablar con ese hombre. Me quedé dentro con David, el cocinero, hablando y haciendo suposiciones de por qué ese hombre quería eso.

—Según lo que nos han contado David, el cocinero y Sergio, el encargado, mientras ellos intentaban conseguir la carne de gaviota usted se quedó en el restaurante, ¿es eso cierto?, ¿qué hizo durante esa hora?

—Sí, me quedé en el restaurante sola y como no había más clientes que ese hombre fui a hablar con él. —respiré hondo y añadí— Me mataba la curiosidad de por qué quería comer gaviota; ya que no sabía ni que se pudiera comer, y sinceramente sigo pensando eso.

—¿De qué hablaron usted y ese hombre? —preguntó el otro agente mientras su compañero seguía apuntando cosas en su libreta—.

—Me contó que hacía unos años, para celebrar el cumpleaños de un compañero suyo del trabajo, habían alquilado un barco para ir a pescar y a pasar un gran día en alta mar. Pero que por la noche empezó a hacer muy mal tiempo; se formaron unas grandes olas y una típica tormenta de verano. Después de mucho rato intentando llegar a algún sitio se dieron por vencidos y decidieron esperar a que la tormenta pasara. Pero las cosas se les complicaron y se rompió el mástil del barco. Me contó que mientras él intentaba repararlo, una fuerte ola hizo que se golpeará contra la botavara y así fue como perdió la vista.

—Entonces, ese hombre perdió la vista en un accidente... —dijo repitiendo lentamente mientras seguía escribiendo en su libreta— ¿Hablaron de algo más?

—Sí, por lo que me contó y entendí, no fue el único que salió perjudicado; uno de sus amigos se rompió la pierna y otro murió. —hice una pausa e intenté recordar la conversación con el hombre de ese día—.

El hombre hizo un trago de su vino tinto, respiró y siguió:

—Muchacha, lo pasamos muy mal. No encontrábamos la manera de volver a encender el barco ni de reconstruir el mástil. Perdimos los móviles por culpa de la tormenta y lo que tendría que haber sido un día de excursión, terminó siendo dos semanas en soledad hasta que nos localizaron en medio del Atlántico. Lo peor de todo esto fue que solo llevábamos comida para un día, así que tuvimos que comer gaviotas y algunos peces que pudieron pescar mis compañeros. Pero en alta mar y sin el material necesario, fue muy difícil conseguir comida.

—Entonces, ¿cómo reaccionó usted al escuchar esta historia? ¿Hablaron de algo más? —dijo el agente dejando su libreta en la mesa y tomando un trago de su vaso de agua—.

—No, esto fue todo. Lo vi con una cara disgustada y no quise decir nada más. Solo me levanté y me fui a la cocina a ver si ya tenían su plato hecho.

—¿Está usted segura que dijo que comieron “gaviotas” cuando estaban en alta mar perdidos? —recalcó el agente volviendo al tema de antes—.

—Sí, dijo que comieron gaviotas y peces. Supuse que por eso quería volver a comerla, para recordar... —lo dije sin pensar, pero en verdad no tenía demasiado sentido, así que ni terminé la frase—.

—¿Cuántos disparos fueron? —preguntó el otro agente cambiando de tema—.

—Solo uno; primero pensé que había sido un plato que se había caído, pero cuando salí a la terraza vi al hombre en el suelo con mucha sangre a su alrededor. Me asusté mucho, chillé muy fuerte.

—Retomemos el tema del momento justo del disparo. ¿Diga, dónde estaba usted justo en el momento en que escuchó el disparo?

—Dentro, con David. —respiré hondo y añadí— Me estaba explicando cómo la había cocinado y hablábamos de si eso, si podría estar bueno o no.

—En la ubicación donde se encontraba, ¿era posible ver cómo ocurrieron los hechos? —preguntó volviendo a coger la libreta y volviendo a anotar lo que yo iba diciendo—.

—Sí, desde la cocina se puede ver una pequeña parte de la terraza; pero estábamos hablando, así que no estábamos prestando atención.

—¿Usted cree que fue un suicidio o un homicidio?

—No había nadie por la calle ni en el restaurante y al salir él sujetaba la pistola en su mano, así que estoy segura de que fue un suicidio.

—Cuando hablaron, ¿no le contó en ningún momento nada que pudiera relacionarse en el porqué hizo eso? —preguntó, ya desesperado, el pobre agente—.

—No señor, lo siento, pero creo que no les puedo ayudar en nada más.

Al salir de comisaría no pude ir a casa, di una vuelta por el pueblo y me pasé por el puerto. Me senté en un banco azul delante de los pequeños barcos de los pescadores. Justo en esa hora volvían felices y hablando entre ellos mientras se mostraban los peces que habían pescado ese día. En el bolso llevaba un bocadillo de atún y cuando lo abrí, muchas palomas y gaviotas se acercaron a mí. Les lancé pequeños trozos de mi comida y observé cómo peleaban entre ellas para conseguir el trozo más grande.

Mentí. Mentí a esos policías. Sí que sabía por qué se quitó la vida. Ese fatídico día, el hombre también me contó que siempre había sospechado que lo que realmente comieron para no morir de hambre en el barco no fueron gaviotas, sino a su compañero muerto. Pero me dijo que no quería que nadie lo supiese; así que así lo hice. Y es que al fin y al cabo, ese pobre hombre solo quería comprobar qué había estado comiendo durante todos esos días; y supongo que el resultado no fue el que él esperaba.

EL MAR, FALSA APARIENCIA

NAIARA VIVES MOSCOSO

MENCIÓN HONORÍFICA

CATEGORÍA C: ESTUDIANTES DE 1º Y 2º DE BACHILLERATO Y CICLOS
FORMATIVOS

LLEVA TRES horas andando sin rumbo, no sabe muy bien cómo ha llegado aquí, pero tampoco parece importarle. Se sienta en la arena y da otro sorbo a la botella de whisky, terminándose lo poco que quedaba. Levanta la mirada del suelo por primera vez y se queda contemplando la gran extensión azul que tiene delante.

Siente como su corazón empieza a latir rápidamente, se queda sin aire y tiene la sensación de que se está ahogando. Cierra los ojos con fuerza y siente cómo su cuerpo se tensa. Tiene que recordarse a sí misma cómo respirar. Coge aire y cuenta hasta cinco, luego lo suelta lentamente. Repite el proceso 10 veces, centrándose en su respiración e intentando olvidarse de todo lo demás.

Siente que su cuerpo se destensa y abre los ojos, permitiéndose otra vez fijar su mirada en el mar. Ese mar que hasta hace poco era su amigo más fiel. Ese mar donde encontraba una paz que le era imposible experimentar en ningún otro lugar. Ese mar traicionero que le arrebató a las tres personas más importantes de su vida.

Aún recuerda el día de la tragedia como si hubiese sido ayer. Estaba ella en la universidad cuando recibió una llamada de la policía local de su pueblo que la citaba en comisaría de inmediato. Ella, alertada, empezó a repasar mentalmente todas las situaciones en las que se había visto comprometida últimamente que pudiesen ser la causa de susodicha llamada. Ni por un momento se le pasó por la cabeza pensar que tal vez tenía algo que ver con su familia, que había ido a pescar pronto por la mañana de ese mismo día.

Pensando todavía en qué había hecho para que la citasen en la comisaría y en si habrían llamado ya a sus madres, recogió sus cosas y se fue a la estación para coger el primer tren que saliese a su pueblo. Tuvo que esperarse dos largas horas antes que llegase el tren de las 12, y una media hora más dentro del aparato, rezando a un Dios en el que no creía, para que no hubiesen llamado todavía a sus madres. Horas después, desearía con toda su alma habérselas encontrado esperándola con cara de pocos amigos sentadas junto a los policías.

Pero el panorama que se encontró al llegar fue muy distinto. Fue directamente a comisaría, sin tan siquiera pasar por casa a dejar sus cosas. Esperó unos minutos en la puerta pensando cómo afrontar la que se le venía encima, pensando qué excusa pondría y preparándose para echar la culpa a cualquiera de sus nuevos amigos, a los que sin duda la policía ya conocía bien.

De todas las imágenes que se le habían pasado por la cabeza, y eran muchas, en ninguna de ellas se había imaginado lo que se encontró. Su tío, el que vivía a unos veinte minutos del pueblo, estaba llorando desolado abrazado a su tía que lo intentaba calmar sin ningún efecto. Antes de que pudiera acercarse a ellos, Lucía, su prima que trabajaba por aquel entonces en la comisaría, se acercó a ella con una mirada sombría y le susurró unas palabras que nunca olvidaría: “Cariño... tal vez deberías sentarte antes de hablar”. En ese mismo instante supo que algo iba muy mal, se sentó sin mediar palabra y dejó que le contara cómo la barca de sus madres, en las que iban ellas y su hermano, había tenido un accidente al chocar contra los acantilados. Desde el momento en que salieron de su boca las palabras “lo siento mucho bizcochito...” dejó de escuchar. Días después le dirían que creyeron que hasta dejó de respirar por un instante.

No volvió a hablar hasta el día del funeral, sólo para decirle a su tío que no asistiría con ellos a la celebración. La llevaron a una psicóloga, cuyos intentos por hacerle hablar resultaron inservibles. Al mes o así, empezó a dirigirse a su prima Lucía, siempre sin mencionar el accidente y por temas triviales. A la universidad ya nunca volvió y se apartó de todos sus amigos,

nunca salía de casa de su tío, dónde ahora vivía, y cuando lo hacía nunca era consciente de ello.

Con su mirada aún fija en la extensión azul y espumosa, se levanta lentamente y se acerca dando pasos de elfo. Se sienta justo en la orilla y deja que el agua le roce sus pies descalzos. Aspira el aroma que el mar desprende y le parece oír las risas de sus madres y los gritos de su hermano pequeño.

Por un instante, le parece recuperar esa paz que sentía antes del accidente cada vez que iba a nadar o a pescar; por un instante, le parece que todo ha sido una pesadilla; por un instante... recuerda por qué amaba tanto este sitio. Recuerda todas las excursiones que hacían en familia, todas las veces que el mar le había permitido huir de la realidad y refugiarse en su propio mundo, donde las cosas siempre parecían ir mejor. Por un instante, se plantea perdonar al mar por haberle arruinado la vida de una manera tan ruin. Pero solo es eso, un instante.

Ahora es capaz de verlo con claridad: el mar que ella tanto amaba era simple apariencia. El mar de verdad no es tranquilo ni pacífico como lo era ahora, el mar de verdad es capaz de cometer atrocidades cuando se enfurece. Atrocidades que una no puede cambiar por más que lo intente.

Vuelve a cerrar los ojos y por un instante la imagen de sus madres y su hermano en la barca pescando se forma en su mente, sonrío de lado y una lágrima se le cae en la arena. Una lágrima que el mar se lleva, con la misma facilidad y rapidez que se llevó a su familia.

LA ESPADA DE JOHN ADDAMS

CLARA ESPACH RODRÍGUEZ

PRIMER PREMIO

CATEGORÍA D: ESTUDIANTES DE 3º Y 4º DE LA ENSEÑANZA SECUNDARIA
OBLIGATORIA

ME DESPERTÉ helado y mareado; definitivamente el viaje por el mar no me estaba tratando nada bien, cada día me sentía más débil, triste y desanimado. El único pensamiento que me mantenía con fuerzas era que dentro de menos de quince días podría ver a mi querida mujer María y a mis dos preciosos hijos. Ellos eran los que me daban fuerza para seguir adelante con esta locura. Estaban en Argentina, los había enviado allí cuando las cosas se empezaron a poner feas en Londres. Me llamo John Addams y estoy huyendo de los ingleses, me quieren muerto, visto que según ellos he robado la espada real, la reliquia más importante de la realeza británica. Pero eso no es cierto, esa maldita espada ha pertenecido a mi familia durante siglos, de manera que no estaba dispuesto a que nos la arrebatasen. La espada en cuestión es magnífica, de oro con rubíes y otras piedras preciosas. Pero la verdad es que por muy bonita que fuera a mí no me gustaba. De hecho, una leyenda que me contaron mis abuelos dice que está maldita y quien la posea nunca será realmente feliz por más dinero y riquezas que tenga. Pero sé que si consigo venderla en Argentina, me haré rico y podré darles a mis hijos un futuro mejor que el mío, el de un humilde panadero.

De repente sonó la voz del oficial Richardson; eso quería decir que eran las cinco y media de la noche, hora de comernos los restos del pan seco y empezar a remar y a barrer hasta la hora de comer donde nos darán un potaje asqueroso al que insistirán que llamemos sopa. De manera que ahora tenía que levantarme de la “cama” si es que a un trozo de tela rasposa encima de un saco de trigo se le puede llamar así. Tenía que subir a la cubierta y hacer mi tarea como los otros marineros, esa era la única condición que

me había puesto el capitán para llevarme hasta Argentina: trabajar como un más. Lo que ni él ni ningún marinero sabía, es que yo no era como cualquiera de ellos, sino que si conseguía vender esa estúpida espada me haría más rico que el mismísimo capitán.

El ambiente estaba tenso, el capitán se encontraba al lado del timón, parecía que tenía algo para comunicarnos; algo que deduzco que no era muy bueno puesto que su cara reflejaba ira y desesperación; entonces habló:

—Mañana vamos a hacer una parada de cuatro días en una de las islas de Porto Seguro, en vista de que nos estamos quedando sin provisiones debido a las fuertes tempestades y vientos que nos están retrasando.

Se me cayó el alma a los pies solo de pensar que estaría cuatro días más de los previstos sin ver a mi familia, empecé a marearme, pero de repente un pensamiento mucho más temible inundó mi cabeza, ese territorio era británico y como lo pisase estaba muerto.

—Ya podéis regresar a vuestras tareas o almorzar —nos ordenó el capitán secamente—.

Estaba desesperado, no sabía qué iba a hacer, estaba en medio del mar por lo que no podía escapar, pero como llegásemos a esa isla ya podía decir adiós a todos mis planes de futuro. Cuando me di cuenta ya estaba anocheciendo y eso significaba que al día siguiente llegaríamos a la isla. Me quedé despierto toda la noche pensando un plan, y llegué a la conclusión que la única manera de salir de allí con vida era escaparme y encontrar a alguien que me pudiese llevar hasta mi destino.

Otra vez sonó la voz del capitán, de manera que salté de la cama y estuve alerta en busca de cualquier señal alarmante. A las siete de la mañana llegamos a nuestro destino y desembarcamos para trabajar a cambio de comida y así poder volver a emprender nuestro camino. Entonces me distancié de los otros marineros y me escondí dentro de un pequeño bote pospuesto con mi espada al lado. Pasaban las horas y parecía que nadie se había percatado de mi ausencia, no obstante, preferí esperar hasta el anochecer para escapar. Ya eran la doce, tenía vía libre, de manera que me movilicé hasta el puerto opuesto de la isla y allí, debajo de unos sacos mugrientos, pasé escondido lo que quedaba de noche.

A la mañana siguiente esperé sentado a la sombra de una gran palmera aprovechando para comer unos dátiles, hasta que vi a un par de marineros cargando un pequeño navío, me acerqué a preguntar si podía hablar con su capitán, y uno de ellos me respondió que él era el capitán y el propietario del buque. De manera que le pedí si podía hablar con él en privado.

—Disculpe señor Capitán, ¿no tendrá usted una plaza disponible para llevarme hasta Argentina?. Barreré, remaré y haré todo lo que usted me pida —le dije yo—.

—Lo siento hijo, pero ahora mismo no estamos buscando tripulación —contestó él—.

Entonces pensé, si este hombre no quería cogerme como tripulación tendría que comprar mi entrada, de manera que le ofrecí uno de los rubíes de mi maldita espada.

—Y ¿qué le parecería si a cambio le doy uno de estos preciosos rubíes? —le dije enseñándole mi espada—.

El buen hombre me miró perspicazmente y dijo:

—Está bien muchacho, ayúdame a subir estas cajas y el puesto es tuyo.

Estaba eufórico, veía a mi familia más pronto de lo que pensaba. Pero esa euforia duró poco ya que lo que yo no sabía en ese momento es que el otro marinero había visto mi espada, y ya sabemos que los marineros no tienen fama de ser honrados precisamente.

Cuando acabé de subir todas las cajas, me aposenté encima de un saco de trigo y dormí profundamente con la esperanza de que mañana ya estaría muy lejos de esa isla y mucho más cerca de mi familia.

Esa noche soñé que iba con mi querida mujer cogidos de la mano y nuestros preciosos hijos corriendo delante nuestro por las calles de Londres, esperaba poder revivir ese recuerdo muy pronto en Argentina. Cuando estaba sumido en la felicidad de ese recuerdo de repente, litros y litros de agua salada cayeron encima de mí.

—¡Despierta camarada! Es hora de empezar a trabajar —me gritó el capitán—.

Me desperté en ese nuevo barco ya con rumbo a Argentina y ni siquiera se veía la playa de la isla. Miré a los dos lados respirando ese aire salado

y humedecido por el mar, pero algo parecía extraño como si me faltara algo... ¡La espada! ¡Alguien me la habría robado durante la noche!

Me empezó a entrar pánico y ansiedad; esa espada era lo único que tenía. Sin ella todo ese esfuerzo no habría servido para nada. Decidí que lo mejor era fingir que no me había dado cuenta de momento, no quería saber de lo que era capaz un marinero por una riqueza como aquella. Pero tenía que encontrar al culpable y recuperar lo que era mío. Empecé a hacer mis tareas, a limpiar la cubierta y a barrer de arriba abajo ese pequeño buque, por supuesto, sin dejar de buscar mi reliquia por todas las esquinas, cajones y armarios. No la encontraba y como pasase un minuto más barriendo empezaría a despertar sospechas. Pasaron los días y mi búsqueda no daba resultado, hasta que el día que me tocaba remar en la parte más fría y sucia del barco la vi, allí escondida debajo de un banco de madera. Tenía que pensar rápidamente cómo llevármela sin que el ladrón se percatase. Me pasé todo el día buscando un plan, pero no había manera de pasar desapercibido, ya que daba por hecho que el culpable del robo no la dejaría sin vigilancia ni un solo segundo. Pensé que el plan más inteligente era esperarme hasta mañana, el último momento era siempre el mejor puesto que sería más fácil que el ladrón no se percatase.

Al día siguiente me desperté muy temprano y fui a por la espada, ¡por fin! Con ayuda de un compás de cartografía saqué el rubí más grande de la preciosa y trabajada empuñadura y lo dejé encima de la mesa del capitán, así para agradecerle su maravilloso trato. Envolví la espada con un saco de trigo vacío, me la até a la espalda y esperé hasta llegar a la playa que ya se divisaba en el horizonte. Pero de repente me di cuenta de que tenía compañía, uno de los marineros, supongo que el ladrón de la espada, se encontraba detrás de mí con un cuchillo, susurrándome;

—Suelta la espada y dejaré que te vayas, de lo contrario te arrebataré la vida.

Tenía que pensar rápido, pues no estaba dispuesto a dejar que me arrebataste la espada, pero tampoco quería que me arrebataste la vida. Soy un hombre bastante prudente, pero supongo que el poco tiempo que me quedaba y la adrenalina que tenía en ese momento en mi cuerpo me llevaron a

hacer algo que normalmente no haría bajo ningún concepto. Antes de que el marinero se diera cuenta de lo que estaba haciendo le pegué un golpe en la nariz y salté en esas turbulentas y frías aguas.

El contraste del agua helada me devolvió a la realidad, tenía que huir y llegar a la playa antes que el barco o moriría. Lo que no había pensado antes de saltar es que una espada de oro macizo recubierta de piedras preciosas no es algo ligero precisamente, y como no empezase a nadar me hundiría.

Nadé y nadé con todas mis fuerzas, pero esa maldita playa no parecía acercarse nunca. Por el contrario, la corriente acercaba el barco hacia mí cada vez más deprisa. Al cabo de unos minutos, que parecieron años, llegué a la arena, pensaba que estaba salvado, pero qué ingenuo había sido; el otro marinero también había saltado y ahora se encontraba a unos pocos metros detrás de mí. Empecé a correr con la poca energía que me quedaba en el cuerpo y el pensamiento de mi familia en la cabeza. Recorrí calles y calles, pero el marinero parecía no cansarse nunca, al contrario, yo estaba a punto de rendirme y darle lo que con tanto anhelo perseguía. Corrí unos pocos callejones más, miré atrás y pensé que ya le había perdido. Pero cuando miré hacia delante allí estaba amenazándome con ese puntiagudo cuchillo, miré hacia los lados, ¡estaba acorralado, no podía escapar! Cuando pensé que ahí acababa mi historia, oí la voz ronca del capitán:

—Marinero Wilson, aléjese de este hombre o no voy a remolcarlo y tendrá que esperar a otro buque para llegar hasta su destino.

Mi ángel de la guarda, resulta que al fin y al cabo sí que hay marineros honrados. Le di otro rubí al capitán como agradecimiento por ese acto de coraje y procedí a despedirme.

Cuando había recorrido ya un par de callejones más en busca de la casa sentí cómo me fallaban las rodillas, se me cerraban los ojos y finalmente cómo me desmayaba.

Cuando desperté no sabía cuánto tiempo había transcurrido, pero era de noche, seguía mojado y tenía hambre. Pero lo más importante es que notaba el peso de la espada en mi espalda. Tenía que encontrar la casa de mi primo Enrique donde mi mujer e hijos se encontraban. Nunca había

estado en Argentina así que busqué en mi memoria esos vagos recuerdos sobre la carta que él me envió, donde había un boceto del exterior de una majestuosa casa con unos grandes ventanales y unos majestuosos porches. Era el lugar donde él, su mujer e hijos trabajaban, así que me puse manos a la obra y empecé a buscar.

Las calles estrechas estaban oscuras y desiertas puesto que todo el mundo estaba en casa durmiendo. Caminé y caminé, pero no conseguía encontrar esa casa con los maravillosos porches. Me pasé toda la noche deambulando por esos laberínticos callejones sin encontrar ni una sola pista de ese pequeño palacio. Al fin se hizo de día y con él un montón de personas empezaron a salir a la calle y a disfrutar de la naturaleza. Ahora sí que me decidí a preguntar a un amable señor que paseaba por la calle:

—Disculpe, ¿no sabrá usted dónde se encuentra la casa de los porches enormes y con unos majestuosos ventanales?

Supuse que sabría dónde estaba, en vista de que por aquellas calles la mayoría de viviendas parecían pequeñas y sucias.

—Pues mire sí, descienda por esta calle y gire a la derecha —contestó amablemente—.

Le agradecí su respuesta y más contento que nunca seguí las indicaciones que me había dado. Por fin la encontré, esa casa pintoresca con unos porches majestuosos y unos ventanales enormes, veía el jardín donde mi mujer estaba sentada tan bella como la recordaba contándoles un cuento a los nuestros hijos, sobrinos y a los que supuse que eran los hijos de los propietarios de ese pequeño palacio. Entonces me vio y vino corriendo hacia mí, la cogí entre mis brazos con un abrazo que me habría gustado que fuera eterno y la besé hasta que ambos nos quedamos sin respiración y le susurré que nunca más quería volver a perderla. Mis preciosos hijos saltaron a mis brazos gritando

—¡Papá, papá te hemos echado de menos!

—Y yo a vosotros —les dije con una sonrisa que no abandonó mi cara durante días—.

Y allí, envuelto de un huracán de alegría y felicidad, empecé mi nueva vida en Argentina.

AGUA Y SAL

ALBA FARRÉ CORTADA

SEGUNDO PREMIO

CATEGORÍA D: ESTUDIANTES DE 3º Y 4º DE LA ENSEÑANZA SECUNDARIA
OBLIGATORIA

LAS SIETE de la tarde. El sol, cansado de alumbrarnos todo el día, se esconde detrás de los montes y las cumbres sagradas. Agotada, observo por mi pequeña ventana el precioso mar atlántico. ¡Raras veces lo he visto tan calmado!

En mis últimas expediciones no lo estuvo... Sus olas llenaron de agua salada la cubierta del buque donde viajaba. Causó la pérdida de varios valientes marineros que se enfrentaron a él. Sus monstruosos icebergs provocaron la muerte de gente inocente. El mar. El mar y su poder. El mar y su misterio. Nunca sabes cómo actuará ni qué decidirá. El mar puede con todo y con todos. Aquellos días el mar parecía un enorme jardín azul, precioso, pero lleno de zarzas enredadas. Las zarzas eran tormentas desafiantes que arrancaban olas alocadas y enfurecidas.

Y en sus entrañas esconde muchos más misterios de los que el hombre ha conseguido jamás resolver. Aún recuerdo el día del tsunami en Hawái. Estaba de voluntaria en una oenegé. Nunca había visto tanto desorden, temor y muerte a la vez. Muchos me preguntan qué ocurrió, pero la verdad es que no hay palabras para describirlo. Yo no perdí a nadie, pero al recordar a esos niños confusos y atrapados por el temor, mis ojos dejan escapar, todavía hoy, lágrimas más saladas que el propio mar. Y toda esa desgracia se condensa en una pared llena de nombres, de fotografías y de seres perdidos entre la furia de un mar sin piedad.

¡Podría desempolvar tantos momentos repletos de tormento, de incerteza, de zozobra ascendente!

Pero hoy sus olas frías y cristalinas me dan tranquilidad. Su brisa con olor a salitre me reconforta en esta época de calor y bochorno. El mar, tan fresco como el aire y tan inmenso como el infinito. Su paleta de colores azulados se confunde con el cielo. Mar y cielo unidos en el horizonte por un matiz cromático.

El mar y la sencillez que lo compone, agua y sal, claridad y ternura, suavidad y aventura.

¡El mar! Ha servido de inspiración a muchos escritores: las peripecias de Ulises en *La Odisea* de Homero, la historia del capitán Nemo de Julio Verne en *Veinte mil leguas de viaje submarino*, la locura del capitán Ahab en búsqueda del cachalote blanco en *Moby Dick* de Herman Melville, los pensamientos de libertad de José Luis en *Mar al fondo* de José Luis Sampedro, la ilusión de María para poder ver el mar por primera vez en *Un asunto de honor* de Arturo Pérez Reverte, las alucinaciones y peripecias de Luis Alejandro Velasco en *Relato de un naufrago* de Gabriel García Márquez, los momentos misteriosos de Max Carver, Alicia y Roland en *El príncipe de la niebla* de Carlos Ruiz Zafón, la evasión poética en *Canción del pirata* de José de Espronceda...

¡El mar! Hipnotizador de aventureros como James Cook o Cristóbal Colón. Propulsor de distintas teorías encabezadas por Charles Darwin. Y no hay que olvidar a Jeanne Baret, la primera mujer en circunnavegar el globo. O el héroe inglés Robert Flancon Scott, perdido por el polo sur tras días de navegación por un gélido océano.

¡El mar! Capaz de aportar tranquilidad y ofrecernos los más fantásticos atardeceres. El que nos alimenta y nos cautiva. Esa pequeña puntita de satisfacción y ese sentimiento de libertad al pasear los cansados pies descalzos por la blanca espuma que tanto me recuerda a la cerveza fresca de la cantina.

¡El mar! Respiro despacio, abro los ojos y diviso la calma serena en el horizonte. Pero entonces vuelvo a cerrar los ojos y veo todo lo que me ha quitado. La vida de los que más quería, la destrucción de un futuro planeado. ¡Cómo olvidar los trocitos de hielo rozándome la espalda cuando el contacto con el inmenso iceberg fue inevitable! Y enseguida la sensación

de un frío gélido entre las ruinas del barco. Y entonces la muerte inminente y también fría de Josh.

Pero los vuelvo a abrir, y diviso los recuerdos con mi familia jugando en la playa. Castillos de arena, túneles de arena, siluetas de arena. Preciosas puestas de sol desde la proa del barco con Josh. Rayos multicolores, ráfagas de aire dulce, sosiego mágico. Los mejores recuerdos de mi vida giraban en torno al mar. Si olvidaba del accidente ¿olvidaría también todo lo bueno que me había ofrecido su presencia? ¿Olvidaría que aquel día una colosal ola me hizo perder el equilibrio, me empujó al vacío pero que consiguió salvarme? Sí, ella fue verdugo y ángel salvador. Me dejó tendida sobre la arena húmeda...

Abro y cierro los ojos tantas veces que al final ya no sé qué pensar. ¿Cómo algo puede ser tan terrorífico y precioso a la vez? ¿Cómo puedo culparlo si es quien guarda mis mejores recuerdos, mis más íntimos secretos, mi vida? Imágenes y más imágenes se abrazan en mi memoria.

Salgo por la puerta a paso lento. Una anciana como yo ya no puede andarse con muchas prisas. Un andar inseguro, un deseo firme. Aventureros y personajes literarios también se abrazan en mi memoria. Todo empieza a tener sentido y las incógnitas se diluyen. Llego a la orilla y me meto en el agua. Pequeñas olas me acarician las piernas, las manos. No me detengo, sigo andando hasta que sus olas me salpican en el pecho, en la cara. Las orejas ya no escuchan el rumor del aire, los ojos me escuecen... El agua por las rodillas, mis hermanos jugando a las palas. El agua por la cintura, los atardeceres con mi amado. El agua por el cuello, las risas de Josh. ¿Cómo puede provocar la vida y la muerte a la vez?

El mar me eligió y me salvó. Ahora lo elijo yo y me salva.

Satisfacción, admiración, afecto y sobre todo ese subidón que hace que sienta que mi vida es magnífica. Esa euforia y esa gratitud. Mi corazón ha tirado por la borda la ira, el miedo, la hostilidad, la culpa, el odio..., y ha llenado los camarotes con felicidad, bienestar, alegría, esperanza y amor. Noto unas suaves caricias, en los brazos y en mi rostro. Unas cosquillitas en las puntas de los pies. Dejo la mente en blanco y me dejo llevar.

Lo siguiente que recuerdo es calidez, como si estuviera delante de la chimenea con un chocolate caliente durante una fría tarde de invierno o como un abrazo largo y tierno, que podría durar una eternidad tranquilamente sin llegar a molestarme.

El agua me ofusca la mente y me veo en un crucero enorme, lleno de gente que conozco. Busco sin parar a alguien, aunque no sepa quién es, y de repente me detengo. ¿Lo he encontrado? Me acerco y lo confirmo, son ellos. En la piscina ellos y él en la hamaca tomando el sol. Me saluda y me lanza un beso. Sonrío tímidamente y miro a lo lejos. El mar calmado nos dirige hacia una luz blanca, desconcertante pero próxima. Noto una mano en el hombro que me susurra suavemente en el oído unas dulces palabras que se mezclan con la melodía del agua al impactar con el casco del barco.

Estoy cansada de luchar contra mi destino. Así que decido, solo por esta vez, relajarme y que las olas me lleven consigo hacia un mundo aún desconocido y por explorar.

El mar, otra vez. El mar y yo. El mar, mi destino.

COMENTARIOS DEL JURADO

V Concurso de Relatos Cortos (2020)

Acta de Resolución de los premios del *V Concurso de Relatos Cortos*. Lleida, 24 de julio de 2020

CATEGORÍA A: ESTUDIANTES DE GRADO DE LA FACULTAD DE LETRAS

Primer premio:

Relato titulado “**Herencias cardinales**” (Zalmoxis). Autor: **Francesc Masnou Salat**. Estudiante de 1º del Grado en Filología hispánica.

El relato gira en torno a la entrañable relación que mantienen una nieta y su abuelo, y las experiencias vividas por este en el mar. Momentos antes de morir, el abuelo siente la necesidad de contar a su nieta una de esas experiencias marítimas y nocturnas y de repente el lector se encuentra con una lograda introducción de lo sobrenatural. El abuelo sumergido en el mar es salvado por la que será su futura mujer y a la que todavía no conoce en la realidad. El valor de este relato reside, no tanto en su originalidad, sino en el tratamiento emotivo e intimista del tema. Cabe destacar asimismo el buen desarrollo de la trama con un inicio abrupto que sorprende ya desde el inicio de la lectura y un final muy bien resuelto. La mayor parte del relato viene expresado por medio del recurso literario del diálogo que mantienen los personajes, forma expresiva, nada fácil de manejar y en menor medida en un escritor joven, y que provoca en el lector el consiguiente efecto estético. Por último, cabe añadir la riqueza léxica y la construcción de imágenes en las que el autor apunta maneras de escritor: “farfulló una voz aguda y derramada”, en la voz de Alex; “las dunas de su

piel”, en la del abuelo: o “jugar al recuerdo, a las mareas de la memoria”, en la del narrador. En estas ocasiones, el mar no solo es marco y a la vez elemento esencial del relato sino también fuente de inspiración para la expresión literaria.

CATEGORÍA A: ESTUDIANTES DE CUALQUIER GRADO DE LA FACULTAD DE LETRAS

Segundo premio:

Relato titulado “**Hijos del mar**”. Autora: **Alin Blanco Vandebroek**. Estudiante de 1r curso del Grado en Periodismo y comunicación audiovisual.

Se trata [...] de una bella historia, que se lee de forma agradable y fluida gracias a la corrección gramatical y riqueza léxica y al uso siempre pertinente de los adjetivos (el mar, presentado como “naturaleza inestable... impulsivo e impredecible”) presentes en la descripción de la pérdida del progenitor y su posterior recuperación.

CATEGORÍA C: ESTUDIANTES DE 1º Y 2º DE BACHILLERATO Y CICLOS FORMATIVOS

Primer premio:

Relato titulado “**El sentido de las olas**” (Dala Romar). Autora: **Aida Martos Guerrero**. Estudiante de segundo de bachillerato del Instituto Joan Brudieu (La Seu d’Urgell).

Este relato desarrolla una historia sencilla, pero de agradable lectura. Aunque el relato no es en sentido estricto un “cuento”, el jurado ha valorado muy positivamente el enfoque de testimonio personal que en él se plantea, así como el interés que despierta en el lector por su tono íntimo. Es un texto muy bien escrito en el que cabe resaltar la figura literaria del apóstrofe, en este caso, dirigido al mar, así como las numerosas y variadas imágenes muy bien halladas. En resumen, se trata de un relato de un notable interés literario, que es, al fin y al cabo, lo que se persigue en un concurso como este.

Segundo Premio:

Relato titulado **“Carne de gaviota”** (Rita Monfluix). Autora **Paola Monfort Gràcia**. Estudiante de primero de bachillerato del Instituto Manuel de Montsuar. Este relato logra, a pesar de leves errores de estilo, un ritmo de intensidad creciente, que no se desvela hasta el final, merced a una técnica que mezcla dos marcos temporales. Es uno de los relatos más originales, ya que entra de lleno dentro de lo que llamamos género “negro”, pues relata un suceso siniestro en retrospectiva (los dos planos temporales), con pérdida de memoria del protagonista, en un contexto de naufragio, con antropofagia y sentimientos de culpa que abocan a un final también negro, al desvelarse la realidad a los ojos del protagonista. De igual modo cabe destacar un correcto uso de uno de los elementos caracterizadores del género “negro”, el desarrollo correcto del diálogo para plasmar el interrogatorio policial.

Mención honorífica:

Relato titulado **“El mar, falsa apariencia”** (Sinera). Autora: **Naiara Vives Moscoso**. Estudiante de segundo de bachillerato del Instituto Joan Brudieu (La Seu d’Urgell). El relato desarrolla el motivo literario, así como popular, del mar como fuerza de la naturaleza que actúa de forma traicionera, de apariencia inofensiva, apacible, pero en el fondo dañina. Salvo algunos pocos errores (presentes en casi todos los textos), es un relato bien resuelto y bien escrito; descriptivo, pero con un estilo casi cinematográfico que representa certeramente las distintas ‘escenas’. Dibuja un mar causante de desgracias y pérdidas, lo cual también ha abundado entre buena parte de los textos, pero no con el mismo interés literario de este relato. En este caso, las imágenes literarias están bien halladas, por ejemplo, el mismo final. Un elemento interesante que cabe poner de relieve es que la familia perdida está compuesta por el hermano de la protagonista y ‘sus madres’ (no, sus padres), dato que refleja la normalidad en una situación de diversidad familiar y social, lo cual no deja de representar un interés añadido.

CATEGORÍA D: ESTUDIANTES DE 3º Y 4º DE LA ENSEÑANZA SECUNDARIA OBLIGATORIA

Primer Premio:

Relato titulado “**La espada de John Adams**” (JGV). Autora: **Clara Espach Rodríguez**. Estudiante de 4º de ESO del colegio Lestonnac.

Se trata de un relato de aventuras mezclado con la cotidianeidad y la búsqueda del reencuentro con la familia. El jurado ha valorado positivamente la combinación de la peripecia en alta mar y la descripción psicológica de los personajes. [...] Aunque se trata de un relato que necesita madurar, como su jovencísimo autor, y enmendar pequeños errores, el jurado ha valorado el hecho de que se mantenga la tensión narrativa con la alteración y ruptura de la acción de forma correcta, así como la fluidez expresiva y la precisión descriptiva, que puede comprobarse en fragmentos como: “Cuando estaba sumido en la felicidad de ese recuerdo de repente, litros y litros de agua salada cayeron encima de mí”.

Segundo Premio:

Relato titulado “**Agua y sal**” (Salacia Aglaya). Autora: **Alba Farré Cortada**. Estudiante de 3º de ESO del Instituto Ciutat de Balaguer.

Este texto destaca por su notable bagaje literario. A largo del desarrollo de la historia que se narra, se alude a algunos de los más importantes personajes de la tradición literaria occidental cuyas historias están estrechamente engarzadas con el mar: Ulises, el capitán Nemo o el capitán Ahab. Junto a este factor, cabe destacar que este relato sobresale por su dominio del idioma castellano y de la lengua literaria. El texto sorprende por sus precisas y acertadas descripciones a partir de la construcción de imágenes muy logradas, como el caso de la comparación del mar con una “paleta de colores azulados que se confunde con el cielo”.



Universitat de Lleida
Departament de Filologia
Clàssica, Francesa i Hispànica